

VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, 2007.

Ríos, Lagos, Bosques y Volcanes: Paisaje Cultural en La Araucanía.

Nicolás Lira S.

Cita:

Nicolás Lira S. (2007). *Ríos, Lagos, Bosques y Volcanes: Paisaje Cultural en La Araucanía*. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/vi.congreso.chileno.de.antropologia/109>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eCzH/tx4>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Ríos, Lagos, Bosques y Volcanes: Paisaje Cultural en La Araucanía¹

Rivers, Lakes, Forests & Volcanoes: Cultural Landscape in Araucania

Nicolás Lira S.*

Resumen

A través de este trabajo se intenta introducir la noción de Paisaje Cultural en la comprensión del territorio desde la perspectiva de las comunidades originarias que habitaron el sur de nuestro país. Esto nos permitirá entenderlo como un paisaje unitario, cargado de relaciones inter actuantes y de significación desde tiempos prehistóricos.

Palabras Claves: Paisaje Cultural, cuerpos de agua discontinuos interconectados entre sí, canoas monóxilas.

Abstract

In this investigation we try to introduce the concept of Cultural Landscape for the comprehension of the territory through the perspective of the native communities that inhabit the south of our country. This will allow us to understand it as an unitary landscape, full with interactive relationships and meanings since prehistoric times.

Keywords: Cultural Landscape, water bodies interconnected, dugouts.

Introducción

El extenso territorio comprendido entre el río Bio Bio y el Seno de Reloncaví se halla cruzado y ocupado por grandes cuencas que drenan desde la Cordillera de los Andes hasta el Océano Pacífico, conformando lo que he denominado un sistema de cuerpos de agua discontinuos interconectados entre sí, y que en el pasado habrían sido de mayor envergadura que en la actualidad. Los diferentes cuerpos de agua son un hito recurrente del paisaje, y una característica que marca el medio ambiente y a las poblaciones que en él se asentaron. Otro aspecto destacable de esta área es la presencia de diversos tipos de bosque que entregan una

gran variedad de recursos que fueron conocidos, utilizados y con los cuales las poblaciones que habitaron estos espacios interactuaron y desarrollaron una estrecha relación.

Las ideas planteadas por Bengoa (2003) en relación a la sociedad mapuche prehispánica como una sociedad ribereña (en contraste a una visión tradicional de la sociedad mapuche como eminentemente terrestre, ganadera y horticultora), que se asentaba en las orillas de los ríos y lagos y que se movilizaban, comunicaban e intercambiaban a través de ellos gracias a canoas son planteamientos bastante novedosos. Para Bengoa (2003), las grandes cuencas que componen el territorio desde el Bio-Bio hasta el Seno de Reloncaví habrían sido el escenario primordial en el que se habría llevado a cabo la vida de la sociedad mapuche prehispánica, y por ende la canoa habría jugado un papel central en su existencia, su conformación social y la forma de asentarse y moverse en este territorio. La introducción de la noción de **Paisaje Cultural** para la comprensión de la relación entre las poblaciones que habitaron estos espacios y el medio ambiente natural, un entorno que se ha caracterizado por la interacción con el bosque y sus recursos, la utilización de los ríos y lagos como vías de comunicación e intercambio (de bienes, ideas y personas) y la asociación de los volcanes con los antepasados, permite vislumbrar estos vínculos desde nuevos puntos de vista. En este trabajo intentaremos ahondar en estas nuevas perspectivas a partir de una reflexión acerca de este concepto y su aplicación en esta área. Muy unido a esto se encuentra un segundo aspecto, que se refiere a la estrecha relación que tuvieron los antiguos pobladores de este territorio con los ríos, lagos y mar, y que se mantiene hasta el día de hoy en muchas comunidades mapuches del sur de nuestro país.

* nicoliras@yahoo.com

Área de estudio

El área de estudio en la que se desarrollara esta investigación comprende las regiones VIII, IX y X, tomando como fronteras naturales el río Bio-Bio por el norte y el Seno de Reloncaví por el sur, el océano Pacífico por el oeste incluyendo las islas que se extienden más allá de la plataforma continental, y la frontera Chileno-Argentina en dirección este, aunque este último límite es más bien formal y por razones prácticas puesto que las ocupaciones que se desarrollaron en los lagos cordilleranos orientales con seguridad habrían formado parte o al menos habrían tenido contacto regular con las poblaciones asentadas en la vertiente occidental de la Cordillera de los Andes. Este espacio se inserta en lo que se ha denominado zona centro-sur (Lumbreras 1981) por la arqueología.

Sin duda que esta es una gran área, con particularidades en cada sector, y por ende difícil de abarcar y de estudiar. Sin embargo, a pesar de su gran extensión, esta zona exhibe tanto una unidad cultural como biogeográfica que posibilitan un estudio de este tipo.

Es en este sentido que me gustaría destacar dos características que son cruciales para esta investigación. La primera de ellas tiene relación con la geomorfología de este territorio, cruzado y ocupado por grandes cuencas que drenan desde la Cordillera de los Andes hasta el Océano Pacífico, conformando lo que he denominado **un sistema de cuerpos de agua discontinuos interconectados entre sí**, y que en el pasado habrían sido de mayor envergadura que en la actualidad. Entre estas cuencas podemos mencionar como las más importantes la del Bio-Bio, Cautín, Toltén, Calle-Calle/Valdivia, Bueno y Maullín con sus respectivos tributarios. En estas cuencas se encuentran la mayoría de los lagos y lagunas de estas regiones como las lagunas de Galletué, Conguillío e Icalma, los lagos Villarrica, Caburga y Colico, Calafquén, Panguipulli y Riñihue, Ranco, Puyehue y Rupanco, Llanquihue y Todos los Santos. A estos debemos agregar los lagos costeros como el Lanalhue, Lleu Lleu y Budi. Al mismo tiempo, no debemos olvidar aquellos que corresponden a la vertiente oriental cordillerana entre los que se encuen-

tran los lagos Alumine y Moquehue, Guillén y Tromén, Huechulafquén, Epulafquén y Currhué, Lolog, Lacar y Hermoso, Trafal y Nahuel Huapi. Como podemos darnos cuenta los diferentes cuerpos de agua son un hito recurrente del paisaje, y una característica que marca el medio ambiente y a las poblaciones que en él se asentaron.

La segunda característica que me gustaría destacar de esta extensa área es la presencia de diversos tipos de bosque que entregan una gran variedad de recursos que fueron conocidos, utilizados y con los cuales las poblaciones que habitaron estos espacios interactuaron y desarrollaron una estrecha relación. Es en este sentido que Aldunate (1989) reconoce tres sectores biogeográficos: el sector septentrional que se extiende desde la cuenca del Itata hasta el cordón Mahuidanche-Lastarria, y en el que domina ampliamente el bosque de roble (*Nothofagus obliqua*); un sector meridional que se encuentra entre el cordón transversal Mahuidanche-Lastarria y el golfo de Reloncaví, donde predomina el bosque laurifolio siempre verde; y por último un sector oriental que correspondería a la precordillera y pampas argentinas ubicadas en el norte y centro de la provincia de Neuquén, y en las cuales predomina el bosque de araucaria (*Araucaria araucana*) y las gramíneas, especialmente el coirón (Aldunate 1989).

Estos dos elementos, tanto los lagos y ríos como sistema de cuerpos de agua discontinuos así como el bosque y sus recursos, van a constituir elementos del paisaje con los que las poblaciones que allí se asentaron lograron interactuar en distintos niveles, aprovechando tanto sus productos como en niveles sociales, culturales y simbólicos. De esta manera podrían constituirse como **Paisajes Culturales** en una dimensión amplia, adquiriendo significación para las comunidades que allí se asentaron. Un territorio en el que ríos y lagos en conjunto con el bosque forman un paisaje unitario y significativo para sus habitantes, tanto en sus relaciones sociales, económicas y simbólicas. A esto se debe añadir otro hito recurrente del paisaje y que completa el conjunto: los volcanes, a los cuales las comunidades mapuches les otorgaron una gran fuerza simbólica y ritual como morada y conexión con los antepasados.

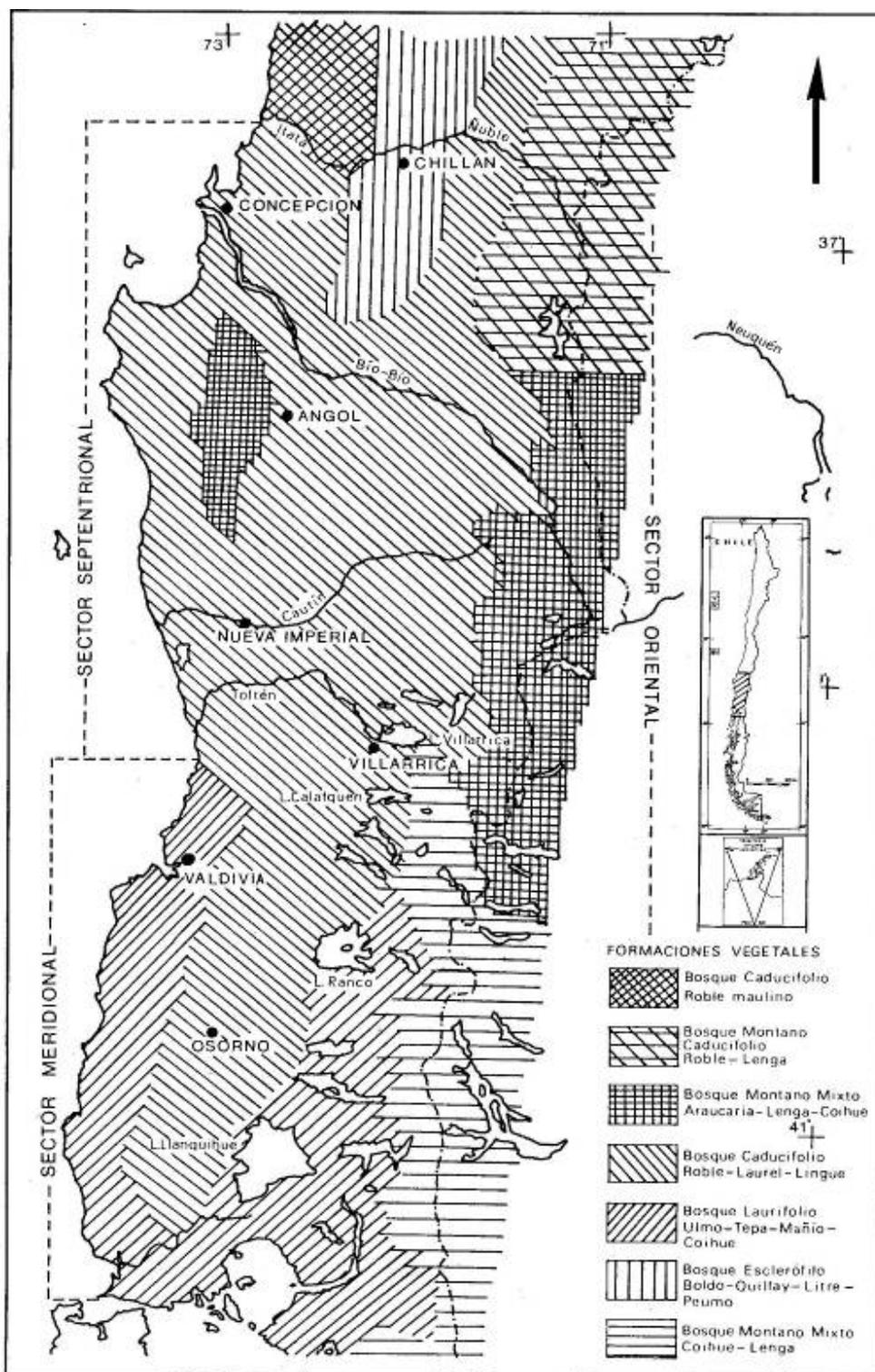


Figura 1. Divisiones ecológico-culturales del Sur de Chile de R. Gajardo. Se aprecian los diversos tipos de bosque del área de estudio y las principales cuencas hidrográficas. (En Aldunate 1989)

Paisaje cultural

La noción de **Paisaje Cultural** me parece apropiada para caracterizar esta relación planteada por Bengoa (2003), en la cual mar, ríos y lagos son del todo significativos en la articulación del sistema social y económico (Carabias et. al. 2007a). El concepto de cuerpos **de agua discontinuos interconectados entre sí** propuesto para el área de estudio apunta en esta dirección. Paralelamente, no se debe olvidar la importante interacción y conocimiento del bosque, que completa y posibilita la configuración y utilización de este paisaje cultural.

El concepto de **Paisaje Cultural** fue introducido por la UNESCO en 1992 al texto de la Convención para la protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural (1972), que en su artículo 1° establece que los paisajes culturales «... *combinan el trabajo del hombre y la naturaleza...*» y serían ilustrativos de la capacidad creadora del hombre, de la evolución de la sociedad humana y del uso del espacio a lo largo del tiempo. El factor central de los paisajes culturales sería la interacción entre los pueblos y el medio ambiente (Pizano y Cortés 2002); sin embargo, no debemos olvidar que en la América precolombina esta interacción se daba de una manera especial y distinta, como la ha caracterizado Victoria Castro (2002) para las comunidades alto andinas:

Las comunidades alto andinas han heredado un modo ancestral de comprender su medio ambiente, lo que les permite integrar múltiples facetas de su realidad y experimentar la naturaleza como cultura (Castro 2002). En concordancia con esto Castro et. al. (2004) han precisado la noción de Paisaje Cultural de una forma similar:

...los paisajes culturales representan trabajos combinados del hombre y la naturaleza, siendo ilustrativos de la evolución de la sociedad humana y del asentamiento a través del tiempo, bajo la influencia de oportunidades presentadas por el ambiente natural y de sucesivas fuerzas sociales, culturales y económicas. Los paisajes culturales de las sociedades tradicionales reflejan, a menudo, técnicas específicas del desarrollo sustentable del uso de la tierra y una singular relación espiritual con la naturaleza. (Castro et. al. 2004)

La UNESCO ha definido en su Guía Operativa para la Implementación de la Convención del Patrimonio Mundial tres categorías de paisajes culturales, de las cua-

les las categorías II y III serían aplicables a este **Paisaje Cultural** de lagos, ríos, bosques y volcanes, ya que sería un paisaje cultural orgánico y asociativo. El primero de ellos, el paisaje cultural orgánico sería «resultante de imperativos religiosos, políticos, sociales y económicos y ha desarrollado su forma presente por asociación con el ambiente natural». (Castro et. al. 2004) La categoría III se refiere a un paisaje cultural asociativo «que se define en virtud de fuertes asociaciones religiosas, artísticas y culturales con el ambiente natural y su significación en la vida de las personas en el presente». (Castro et. al. 2004) Estas categorías son complementarias entre sí y no excluyentes. La interacción con el bosque y sus recursos, la utilización de los ríos y lagos como vías de comunicación e intercambio (de bienes, ideas y personas) y la asociación de los volcanes con los antepasados posibilitan realizar estos planteamientos e introducir la noción de **Paisaje Cultural** que nos permite acercarnos de manera más adecuada a las formas de apropiarse, utilizar, pensar y sentir su territorio por parte de estas poblaciones.

Paisaje indígena

Bajo estas conceptualizaciones acerca del paisaje se encuentra una necesidad de entender la forma en que las comunidades originarias han comprendido, sentido y vivido sus paisajes. En este sentido es que Castro et. al. (2004) nos proponen que:

(...) para comprender el paisaje como una construcción cultural. Podemos considerar el paisaje como un conjunto significativo de normativas y convenciones comprensivas, por medio de las cuales los seres humanos le otorgan sentido a su territorio. Como construcción cultural, los paisajes se encuentran insertos en relaciones espaciales y temporales, donde los individuos se forman y reconocen. El paisaje es tan fundamental en la configuración social, que su conocimiento permite crear y reproducir diferentes estrategias para relacionarse con el mundo y los otros. (Castro et. al. 2004)

Es evidente que esta relación con su entorno habría sido muy diferente a la de la sociedad occidental, la que queda de manifiesto en lo que señalamos anteriormente respecto a las comunidades alto andinas respecto de experimentar la naturaleza como cultura (Castro 2002) y no como una dicotomía. Al respecto se nos ilustra en relación al desarrollo de caminos en andinoamérica como paisaje cultural:

En definitiva, podríamos señalar que para la cultura andina los caminos no solamente unen lugares, no se transitan sólo para llegar de un lugar a otro. Todo su recorrido está lleno de significados, del que da testimonio su paisaje geomorfológico y cultural. El paisaje es un verdadero discurso, y el caminar es el relato, en que van surgiendo los significados de cada piedra, cada cerro o quebrada. Así se enlazan los elementos naturales con los restos culturales del pasado, todo dentro de una cosmovisión integradora. (Castro et. al. 2004)

Pero no sólo en lo que respecta al paisaje y el medio ambiente es el pensamiento indígena distinto al occidental. Más profundamente, y ya referido a aspectos más generales, estos contrastes se evidencian en todos los aspectos del mundo y la visión de estos pueblos, un mundo sacralizado y significado:

Desde esta perspectiva, el saber indígena es un complejo proceso en el que toman parte los sentidos y el intelecto de quienes participan en él. Está hecho para los dioses y para los hombres, para crear ese vínculo de comunicación social que incluye ideas, sentimientos, normas y valores. Ningún aspecto de la vida es ajeno a la dimensión de lo sagrado. En esta percepción no hay un interés por los objetos en sí, sino en cuanto expresan su carga positiva y negativa. De ahí la importancia del rito que enfrenta la vida emocional en sus dimensiones más profundas: una realidad comprometida, donde la decisión mágica se afirma y se logra; un sentimiento de unidad de la vida, de unidad de todas las cosas en un universo sacralizado en donde todo es mutuamente dependiente. Así, el saber indígena es una forma de participación religiosa en las fuerzas de la vida y una manera de existir en el mundo porque, en definitiva, todos los modelos que permiten construir su mundo provienen de la realidad. Se trata de imágenes de su ambiente natural, empleadas como signos para denotar contenidos propios; un sistema metalingüístico mediante el cual es posible conceptualizar el mundo (Castro 2002).

Uso del bosque

Estudios etnográficos y etnohistóricos han documentado la significativa relación de las poblaciones mapuches con su entorno, registrando un conocimiento de los recursos especialmente florísticos bastante especializa-

do (Aldunate 1989 y 1996, Villagran 1991 y 1998, Aldunate y Villagrán 1992, Rappaport y Ladio 1999). Eso se ve expresado tanto en la riqueza y complejidad de la nomenclatura botánica «*que muestra un profundo conocimiento y diversificado uso del ecosistema de bosques, como así mismo vinculación a un sistema de creencias que integra la naturaleza con las necesidades materiales y espirituales de los humanos*» (Villagran 1998); como también en el enorme porcentaje de plantas del bosque templado que tienen algún uso reconocido por los habitantes locales siendo este de entre un 78% a 97%.

A partir de las evidencias encontradas en diversos sitios en esta zona se ha podido plantear la existencia de una tradición de bosques templados (Adán et. al. 2004, Velásquez y Adán 2004, Carabias et. al. 2007 a), con un profundo conocimiento de su medio y una estrecha relación con su ambiente. Esta tradición tendría sus primeras y más tempranas manifestaciones en Monte Verde (Dillehay 1989), y se expresaría claramente en los sitios Marifilo 1 (Adán 2004, Velásquez y Adán, 2004), Pucón VI (Navarro y Adán 2000) y Piedra Azul (Gaete et. al. 2004, Gaete y Navarro 2004). Al respecto es claro lo que proponen Adán y su equipo para el sitio de Marifilo 1:

Tanto o más importante que lo anterior son los datos arqueológicos preliminares que el sitio presenta, los cuales pensamos informan acerca de una adaptación característica de las poblaciones humanas desde los momentos arcaicos a estos ambientes boscosos lacustres precordilleranos, configurando un modo de vida marcadamente tradicional. (Adán et. al. 2004: 1127)

Y coincidentemente con esta idea pero hablando ya específicamente de las poblaciones que ocuparon esta zona se plantea que:

Se trataría de poblaciones adaptadas a los bosques templados que desarrollan una fuerte tradición en su modo de vida o economía de subsistencia, con la práctica de estrategias de movilidad a nivel de localidad coincidiendo con los ciclos estacionales, así como otra de mayor alcance que los vincula con zonas costeras y trasandinas. (Adán et. al. 2004: 1133)

En un sentido más generalizador se define este modo de vida, pero con características particulares para cada sección biogeográfica:

Las investigaciones que hemos realizado en la cuenca del Calafquén nos permiten sugerir el desarrollo de un modo de vida marcadamente tra-

dicional y altamente especializado que desarrollaría prácticas económicas que aprovechan la abundante oferta de recursos vegetacionales de la zona y por medio de prácticas de caza acordes a estos ecosistemas. Esta tradición en el uso del bosque se desarrollaría en los territorios lacustres y cordilleranos con características particulares a los diferentes ecosistemas de costa y valle. (Adán y Velásquez 2004: 516)

De la misma forma, en el sitio de Piedra Azul emplazado en la zona de contacto entre el bosque siempre verde templado del sur de Chile y las planicies costeras (Gaete et. al. 2004) se han encontrado evidencias de su uso por parte de cazadores-pescadores-recolectores arcaicos y alfareros, que ilustrarían una relación del hombre con su medio de enorme complejidad. (Gaete y Navarro 2004)

De esta manera podemos observar que junto con el conocimiento del bosque habría características particulares propias de cada zona biogeográfica, con un énfasis en las relaciones con la costa y sus recursos en los sitios más cercanos a esta, esbozada en Monte Verde y ya afianzada y desarrollada en Piedra Azul y Puente Quilo, y en los sistemas lacustres, fluviales y palustres como cuerpos de agua discontinuos interconectados entre sí que se refleja en lo registrado en Marifilo 1. A esta tradición de bosques templados se debe sumar la propuesta de Ocampo y Rivas (2004), a partir de registros en Monte Verde (Dillehay 1989) y de sus investigaciones en Chiloé especialmente del sitio Puente Quilo 1, que les permiten plantear el desarrollo de una «tecnología de la madera» originada en los bosques del centro sur y desplegada en un modelo de transición regional en ambientes de ecotono bosque/mar, que tendría directa relación con la formación de las poblaciones canoeras y la navegación en general (Rivas et. al. 1999, Ocampo y Rivas 2004). Es así como pueden plantear que:

El sitio arqueológico Monteverde documenta el referente más antiguo de lo que podríamos llamar «una tecnología de la madera», su amplio conocimiento en un contexto de selección cultural del ambiente de aquellas especies de más alto rendimiento para las necesidades del hombre: resistencia, flexibilidad y dureza para la confección de viviendas, armas y otros instrumentos; energía calórica para fuego, y otras cualidades físicas de ésta. Todos estos antecedentes nos inducen a rastrear y plantear hipótesis sobre correlaciones, o precedentes, para entender el pro-

ceso de formación de las poblaciones canoeras, en registros arqueológicos tales como éste. Sin embargo, el estado fragmentario de la evidencia actual nos restringe de manera importante en la búsqueda de sustento para estas ideas. (Ocampo y Rivas 2004: 319)

Uso de los ríos, lagos y estuarios, mar

Chile tiene más de cinco mil kilómetros de costa, y desde épocas muy tempranas una gran diversidad de poblaciones se han asentado en estas áreas, constituyendo adaptaciones marítimas muy eficientes. Sin embargo el estudio de estas poblaciones aún es insuficiente, sobre todo en un aspecto clave para éstas, como es el de las embarcaciones y la navegación. Al mismo tiempo, al ser el registro arqueológico muy pobre en evidencia directa se han implementado metodologías indirectas para su estudio, como bioindicadores y asentamientos en lugares a los que se puede acceder únicamente por medio de la navegación.

Las embarcaciones y la navegación son un elemento clave para las sociedades que las emplean. Esta tecnología determina aspectos tan importantes como la subsistencia, organización sociopolítica, tecnología asociada, sistemas de intercambio, patrones de movilidad, entre otros (Carabias 2000). De ahí la importancia del estudio de estas tecnologías para una mejor comprensión de estas sociedades.

Para Bengoa (2003) la sociedad mapuche prehispánica se habría constituido como una sociedad eminentemente ribereña, que se asentaba en las orillas de los ríos y lagos y que se movilizaban, comunicaban e intercambiaban a través de ellos gracias a canoas. Los grandes ríos y lagos que cruzan el territorio desde el Bio-Bio hasta el Seno de Reloncaví habrían sido el escenario primordial en el que se habría llevado a cabo la vida de la sociedad mapuche prehispánica, y por tanto la canoa habría jugado un papel central en su existencia, su conformación social y la forma de asentarse y movilizarse en este territorio. De la misma forma Bengoa (2003), propone que estos elementos (las cuencas, las canoas y el elemento acuático en general) serían un componente central en las construcciones simbólicas de esta sociedad.

El tema de la navegación indígena ha sido tratado desde la arqueología de forma tangencial, casi siempre asociado a otros temas a través los cuales se infiere la existencia de navegación entre las poblaciones origi-

narias, debido a lo esquivo y escaso de las pruebas directas (embarcaciones y herramientas asociadas). Para la zona centro-sur encontramos evidencias indirectas del conocimiento y utilización de prácticas de navegación marítima desde al menos el arcaico tardío (Vásquez 1997, Quiroz 2001), a partir de las ocupaciones que se han estudiado en la isla Mocha, y que se habrían asentado en ella gracias al uso de embarcaciones.

Probablemente hacia el 3.300 a.p. poblaciones cazadoras recolectoras navegantes de alta movilidad, detectadas en el litoral desde fechas más tempranas, colonizan exitosamente los ambientes insulares de la costa sur ocupando esporádicamente Isla Mocha. Se sugiere el manejo de tecnologías de navegación basándose en evidencia biológica y geoarqueológica que señala la aislamiento de Isla Mocha tan tempranamente como el Cretácico Superior (Vásquez 1997:235).

Junto con esto el análisis bioantropológico realizado por Constantinescu (1997) sobre individuos del período alfarero de la isla, permite plantear la existencia de prácticas recurrentes de navegación entre esta población:

...presenta rasgos anatómicos modificados plásticamente por actividades musculares sistemáticas, probablemente pautadas culturalmente, como también patologías inducidas por las mismas causas, todas ellas compatibles con la forma de vida de un cazador recolector marino con uso de canoas pesadas. (Constantinescu, 1997:193)

A esto debemos agregar, ya en tiempos históricos y como testimonio directo, lo relatado por el padre Rosales acerca de las islas Santa María y Mocha:

Los indios que están en medio de él mar, en las islas de Santa María y la Mocha, con estas ligeras embarcaciones magüei atrabiesan el mar y van y vienen a tierra firme con sus casas y bastimentos, y en ellas pasan sus ganados, caballos, atados de pies y manos, y bueyes y bacas, sin hacer caso de las hondas del mar, aunque a los indios de la Mocha, por ser aquel mar proceloso, les ha costado muchas vidas el despreciar sus hondas y no aguardar a tiempo más sereno. (Rosales:172)



Figura 2. Canoa mapuche orillada con sus ocupantes en el interior. Tomada por el fotógrafo Valck de Valdivia en 1870. Colección Particular de Álvaro Besa.

La manufactura y uso de embarcaciones en el centro-sur de Chile, especialmente en lo que se refiere a las canoas monóxilas (de un solo tronco ahuecado) se encuentra bien documentado, desde la llegada de los españoles por los cronistas y sacerdotes de la época, hasta algunas décadas atrás por la etnografía. Se correspondería en tiempos históricos con el mundo mapuche-huilliche entre el Bio-Bio y el Seno de Reloncaví, y se habrían utilizado tanto en los numerosos lagos cordilleranos y costeros como en los muchos ríos que cruzan de cordillera a mar este territorio, así como también en la navegación costera.

Se ha planteado una profunda continuidad temporal para este tipo de embarcaciones en la zona centro-sur de Chile (Carabias et. al. 2007a, Carabias y Chapanoff 2005 Ms) que llegaría hasta la primera mitad del siglo XX. Ya a la llegada de los conquistadores, la navegación en estas canoas se habría encontrado bastante desarrollada y plenamente extendida entre los habitantes del sur del Bio-Bio hasta el Seno de Reloncaví según lo recogido por los primeros cronistas, lo que podría sugerir una tradición que se habría consolidado a través del tiempo en forma muy anterior al arribo de estos primeros europeos. La perduración de esta tradición de navegación en wampos² habría llegado hasta mediados del siglo XX en ciertas áreas donde habría tenido una raigambre muy fuerte, como reductos de aquella, especialmente en algunos lagos cordilleranos (Panguipulli, Calafquén) y costeros (Lanahue, Lleu-Lleu y Budi).

En la actualidad las canoas monóxilas se han dejado de utilizar, con la excepción de algunos proyectos turísticos que promocionan paseos en «canoas mapuches», y unas pocas se conservan en algunos museos del sur de nuestro país. Sin embargo, aún perduran en la memoria de los habitantes más antiguos de estas zonas como queda demostrado en el testimonio recogido por el antropólogo Marcelo Godoy en el sector de Coñaripe en el lago Calafquén:

...las canoas que se ocupaban para navegar eran hechas con azuelas, y que recibía el nombre en mapundungun de manchihue, y que labraban de preferencia en madera de laurel (que estuviera sano y no hueco en su interior) debido a que eran las más livianas para la navegación, y que tenían de dimensión un promedio de 4 mts. de largo por 1 de ancho... las canoas salían de la playa cercana a la colada antigua (del 60), haciendo el trayecto hasta Tralahuapi, y que las embarcaciones recalaban en un puerto que allí había. Las

canoas eran principalmente un transporte para personas, aunque también se cargaban especies. Cuando necesitaban la canoa desde el frente (Tralahuapi) hacían fuego para hacer humo en un punto específico, tanto en Tralahuapi como en la zona de Trairaico-Coñaripe, que ese era el método acordado frente a las emergencias. En la zona de la comunidad de Reucan, el fuego se hacía cercano al estero NAICAHUIN, mientras que en Tralahuapi se hacía en el sector de La Puntilla. Cuenta Don Guillermo que en la comunidad en esa época había sólo una canoa, y que solo se ocupaba para el transporte de personas, además señala que José Reucan era quien navegaba, junto a José Manuel Antimilla. Don Guillermo resalta que las canoas se usaron hasta el año 1947, fecha en que se instaló el aserradero (donde actualmente se encuentran las discotecas) y con esta instalación aparecieron los botes de madera. Cuando las canoas terminaban su vida útil se quedaban en la misma orilla. (Godoy 2005 Ms, entrevista a don Guillermo Reucán, 72 años, Coñaripe, diciembre 2004)

También la comunidad de Putúe en lago Villarrica conserva recuerdos de su utilización para cruzar el río Toltén en el lugar que ellos llaman *Wamputue*:

Cuando se tocaba el *kull kull*³, entonces allí pasaba la gente a ese otro lado, a defender a la gente de este lado, entonces pasaban pa'el otro lado, era una comunicación. Podían pasar porque tenían canoas, tenían canoas especialmente para poder auxiliarse unos con otros. Si nos están asaltando a nosotros, le tocan y allá saben que si se tocó el instrumento ese, ellos vienen con su canoa y pasan pa'este lado. Ese es el famoso «wampo» que le decían, por eso que se le puso «wamputue», porque era un paso donde se cruzaba con wampo. Es una canoa labrada, un palo labrado y allí por esa cuestión pasaba, esa es una imitación al bote. (Bustamante et. al., 2005)

Testimonios como estos podrían encontrarse en todas las zonas lacustres y ribereñas de la Araucanía, sin embargo, hasta hace poco tiempo, los investigadores no se interesaban y no prestaban atención a estos temas.

Por otro lado la navegación implica un profundo conocimiento del medio en el que se lleva a cabo, así como también el desarrollo de ciertas tecnologías y técnicas en su aplicación. Esto lleva al desarrollo de un modo

de vida especializado, en el que estos elementos juegan un papel fundamental. Como ya dijimos, se requiere de un conocimiento del medio ambiente muy profundo que, debe haber tomado mucho tiempo en adquirirse, puesto que como parece evidente no es lo mismo navegar en mar abierto que en canales interiores, ni tampoco es lo mismo en los lagos y ríos. De igual manera

también se requiere un gran conocimiento de los materiales de construcción de las embarcaciones, tanto de las maderas como de las herramientas utilizadas en su manufactura. De esta forma podemos darnos cuenta que estas poblaciones poseen una alta especialización en ciertos aspectos y un profundo conocimiento de su medio ambiente.

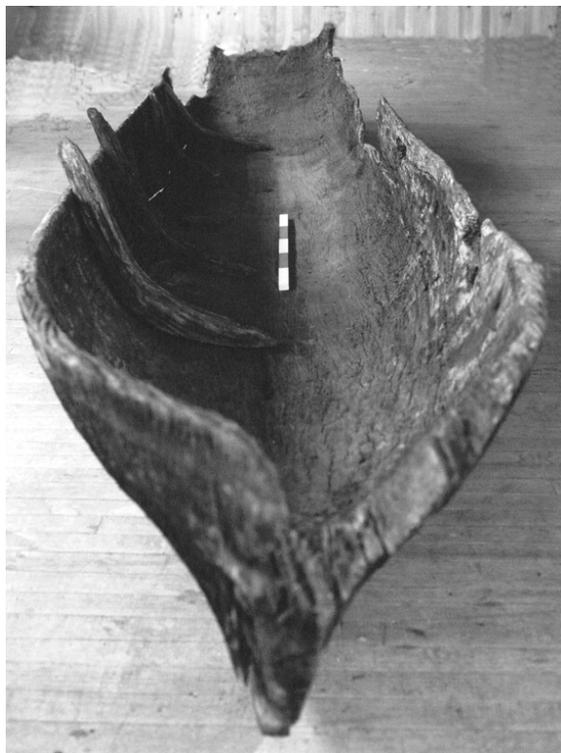


Figura 3. Canoa Monóxila extraída del río Maullín. Colección Museo Municipal de Maullín.

Volcanes

Los volcanes son un hito recurrente del paisaje de ésta área y el tercer elemento de este paisaje cultural que completa su conjunto. Las comunidades que habitaron estos espacios les otorgaron una gran fuerza simbólica y ritual, como morada y conexión con los antepasados. El mundo mapuche los habría asociado con alguna entidad tutelar denominada *Pillan* y como morada de los antepasados desde donde cuidan la existencia de los humanos (Alvarado y Mera 2004).

De la misma forma habrían tenido un peso estético y simbólico (Alvarado y Mera 2004) que se manifiesta en diversos ámbitos de la vida y la muerte:

La «puerta» que permite la entrada al semicírculo de las ramadas en el nguillatun mira hacia el volcán Villarrica. En los cementerios, la mayoría de los cuerpos están enterrados con sus pies en

dirección al volcán, sea este visible o no desde el emplazamiento de ese lugar. (Alvarado y Mera 2004)

Palabras finales

Finalmente es importante reiterar que la estrecha relación que las antiguas comunidades que habitaron esta zona establecieron con el medio ambiente les habría permitido *experienciar la naturaleza como cultura* (Castro 2002) en una relación dialéctica y significada. De esta forma es posible incluirlos dentro de las categorías de Paisaje Cultural Orgánico (II) y de Paisaje Cultural Asociativo (III) de la UNESCO en un sentido amplio.

Por último me gustaría recalcar dos aspectos que me parecen un aporte importante de esta investigación y que sobrepasan el ámbito científico, volviéndose signi-

ficativos para las comunidades indígenas que habitan este espacio. El primero de ellos se refiere a la introducción de la noción de **Paisaje Cultural** para la comprensión de la relación entre las poblaciones que habitaron estos espacios y el medio ambiente natural, un entorno que se ha caracterizado **como un sistema de cuerpos de agua discontinuos interconectados entre sí**, en el cual la interacción con el bosque habría sido un elemento central, y del que también participarían los volcanes como morada y conexión con los antepasados. Muy unido a esto se encuentra el segundo aspecto, que se refiere a la estrecha relación que tuvieron los antiguos pobladores de este territorio con los ríos, lagos y mar, y que se mantiene hasta el día de hoy en muchas comunidades mapuches del sur de nuestro país. Tradicionalmente se ha exaltado su relación con la tierra, lo que ha estado acorde con sus demandas reivindicatorias históricas. La explotación y uso del agua en esta área no ha sido, hasta el momento, un elemento sensible en el conflicto indígena, tanto por su abundancia como porque no ha sido requerido por nuevos actores. Sin embargo, la presión que se está ejerciendo en la actualidad por el uso y acceso del recurso acuático, tanto del agua misma como de las riberas de ríos y lagos, y del borde marítimo, tanto para fines industriales como turísticos, pueden ser determinantes en el desarrollo de conflictos y problemáticas en este ámbito. La adjudicación de derechos de agua por parte de empresas que requieren de este recurso para sus procesos industriales, así como para verter sus desechos son ejemplos de los requerimientos que se están haciendo en la actualidad. De la misma forma proyectos turísticos e inmobiliarios que se desarrollan en las orillas de ríos, lagos y costa, y que limitan el acceso de las comunidades originarias a estos recursos violentan la relación ancestral que han tenido con ellos. Espero que esta investigación aporte elementos que sean útiles para comprender estas estrechas y ancestrales relaciones ribereñas, y que permitan reivindicar el derecho a su uso que sobre ellas tiene las actuales comunidades mapuches.

Agradecimientos

El presente estudio se inserta en los proyectos Fondecyt 1040326: *Dinámica Ocupacional y Ambiental de los Bosques Templados del Sur de Chile: Estudio Interdisciplinario de la Cuenca de Valdivia durante los Periodos Arcaico y Transición Formativo*, y 1060216: *Habitando Bosques, Lagos y Volcanes: Comparación de las Ocu-*

paciones Arcaico y Alfarero Temprano en los Ámbitos Cordilleranos Llaima-Lonquimay y Villarrica-Lanin (39°S). Un agradecimiento especial a todos los investigadores que participaron de estos proyectos y que colaboraron con este estudio.

Notas

¹ Investigación desarrollada en los proyectos Fondecyt 1040326 y 1060216.

² Fray Felix José de Augusta en su Gramática Araucana traduce la palabra wampo como canoa (Augusta 1903: 136, 221 y 236. Wampu, según Lenz, es utilizado en mapundungun para referirse a embarcación (canoa), así como para «cualquier tronco de árbol ahuecado, como los indios lo usan para hacer chicha de manzana, i según se vé aquí, para enterrar a los muertos. El pueblo bajo llama canoa un canal de madera que sirve para conducir agua cruzando por encima de otra acequia. La palabra wampu es de origen quechua (Lenz 1897: 322). Sin embargo, Gordon expresa que «el idioma mapuche distingue perfectamente a los dos artefactos, de acuerdo con su función. Denomina wampu o wampo al bote y trolf al ataúd (Gordon 1978: 63). En esta investigación el término wampo se utilizará para referirse a las canoas monóxilas utilizadas como embarcación.

³ Cuerno de vacuno que servía como clarín o corneta.

Bibliografía

ALDUNATE, C. 1989. Estadio alfarero en el sur de Chile. En *Culturas de Chile. Prehistoria*, editado por J. Hidalgo, V. Schiapacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 329-348. Editorial Andrés Bello, Santiago.

_____. 1996. Mapuche: gente de la tierra. En *Culturas de Chile. Etnografía*, editado por J. Hidalgo, V. Schiapacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate, P. Mege, pp.111-134. Editorial Andrés Bello, Santiago

ALDUNATE, C. Y C. VILLAGRÁN. 1992. Recolectores de los Bosques Templados del Cono Sur Americano, en *Botánica Indígena de Chile* de Ernesto Wilhelm de Moesbach, editado por C. Aldunate y C. Villagrán, pp. 23-38. Editorial Andrés Bello, Santiago.

ALVARADO, M. Y R. MERA. 2004. Estética del Paisaje y Reconstrucción Arqueológica. El caso de la Región del Calafquén (IX y X Región- Chile). *Revista Chungara*, vol. 36 supl. espec. Tomo 2:559-568, Arica.

AUGUSTA, FRAY F.J. DE. 1903. *Gramática Araucana*. Imprenta Central, J.Lampert, Valdivia.

BENGOA, J. 2003. *Historia de los Antiguos Mapuches del Sur. Desde antes de la llegada de los españoles*

- hasta las paces de Quilín. Editorial Catalonia, Santiago.
- BUSTAMANTE A., F. DE LA MAZA, G. GONZALEZ, L. LUNA, G. SILVA Y T. VEINTIE. 2005. *La Comunidad Mapuche de Putue cuenta su Historia*. Equipo de trabajo de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Comité de Desarrollo Agrícola de Putue Comunidad Indígena Pedro Ancalef Putue, comuna de Villarrica.
- CARABIAS, D. 2000. Navegación prehispánica en el Norte de Chile: una contribución al estudio de las prácticas náuticas en las áreas Andes Centro-Sur y Meridional. *Revista Werkén* N° 1: 31-54, Santiago.
- CARABIAS, D, M. CHAPANOFF Y L. ADAN. 2007. Evidencias de navegación en ambientes lacustres precordilleranos andinos: evaluación arqueológica subacuática del sitio «Dos canoas del lago Calafquén», *VI Jornadas de Arqueología de Patagonia*, Punta Arenas, en prensa.
- CASTRO, V. 2002. Ayquina y Toconce: Paisajes Culturales del Norte Árido de Chile. En *Paisajes Culturales en los Andes*, editado por E. Mujica, pp 193-206. UNESCO.
- CASTRO, V., V. VARELA, C. ALDUNATE Y E. ARANEDA. 2004. Principios orientadores y metodología para el estudio del Qhapaqñan en Atacama: desde el portezuelo del Inka hasta el río Grande. *Revista Chungara*, vol. 36 supl. espec. Tomo 2:439-451, Arica.
- CONSTANTINESCU, F. 1997. Reconstruir un antiguo modo de vida: un nuevo desafío desde la bioantropología. En *La Isla de las Palabras Rotas*, editado por D. Quiroz y M. Sánchez. Biblioteca Nacional de Chile, Centro de Investigación Barros Arana.
- DILLEHAY, T. 1989. *Monte Verde: A Late Pleistocene Settlement in Chile. Paleoenvironment and Site Context*. Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.
- GAETE, N., NAVARRO, X., CONSTANTINESCU, F. et al. 2004. Una mirada al modo de vida Canoero del mar interior desde piedra azul. Actas del XV Congreso de Arqueología Chilena *Chungará (Arica)*, vol.36 supl, Tomo 1:333-346.
- GAETE, N. y X. NAVARRO. 2004. Estrategias de vida de canoeros cazadores recolectores del Seno de Reloncaví: entre el bosque siempreverde y el mar interior, región de Los Lagos, Chile. *Contra viento y marea Arqueología de Patagonia, V Jornadas de Arqueología de Patagonia*: 217-235, Buenos Aires.
- GODOY, M. 2005. Informe Etnográfico Proyecto FONDECYT N°10402326 año 1. Cuenca del Río Valdivia, Sector Cordillera, comuna de Panguipulli. Manuscrito en posesión del autor.
- GORDON, A. 1978. Urna y canoa funerarias, una sepultura doble excavada en Padre Las Casas, Provincia de Cautín, IX Región, Chile, en *Revista Chilena de Antropología* N°1: 61-80, Santiago.
- LENZ, R. 1897. Estudios Araucanos Materiales para el Estudio de la Lengua, la Literatura i las Costumbres de los indios. En *Anales de la Universidad de Chile*, Tomo XCVII. Imprenta Cervantes, Santiago.
- LUMBRERAS, L. 1981. *Arqueología de la América Andina*. Editorial Milla Batres, Lima.
- NAVARRO, X. y L. ADÁN. 2000. Experiencias tempranas de vida alfarera en el sector lacustre cordillerano de Villarrica. La ocupación del sitio Pucón VI. *Revista Chilena de Antropología*, Santiago, Chile, en prensa.
- OCAMPO, C. y P. RIVAS. 2004. Poblamiento temprano de los extremos geográficos de los canales patagónicos: Chiloé e Isla Navarino1. Actas del XV Congreso de Arqueología Chilena *Revista Chungara* vol. 36 supl. espec. Tomo 1:317-331, Arica.
- PIZANO, O Y R. CORTÉS. 2002. Paisajes Culturales, Territorio y Cultura en la Cordillera de los Andes, en *Paisajes Culturales en los Andes*, editado por E. Mujica, pp. 59-65. UNESCO.
- QUIROZ, D. 2001. *Cazadores Recolectores Marítimos en el Litoral Araucano durante el Holoceno Medio Tardío*. Tesis para obtener el grado de Magister en Arqueología. profesor guía Carlos Thomas, Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- RAPAPORT, E. y A. LADIO. 1999. Los bosques andino-patagónicos como fuentes de alimento. *Bosque* 20 (2): 55-64. Facultad de Ciencias Forestales. Universidad Austral de Chile, Valdivia.
- RIVAS, P., E. ASPILLAGA y C. OCAMPO. 1999. Poblamiento temprano de los canales Patagónicos: El Núcleo Septentrional, *Anales del Instituto de la Patagonia serie Ciencias Humanas volumen 27:221-230*, Punta Arenas.
- ROSALES, D. 1989. *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*. Tomo I, Editorial Andrés Bello, Santiago.
- UNESCO. 1996. Report of the expert meeting on European Cultural Landscapes of outstanding universal value. *Bureau of the World Heritage Committee*, Viena.
- VÁSQUEZ, M. 1997. El Arcaico en la Isla Mocha. En *La isla de las palabras rotas*, editado por D. Quiroz y M. Sánchez. Biblioteca Nacional de Chile, Centro de Investigación Barros Arana.
- VELÁSQUEZ, H. Y L. ADÁN. 2004. Marifilo 1: evidencias arqueofaunísticas para entender las relaciones Hombre y Bosques Templados en los sistemas lacustres cordilleranos del centro-sur de Chile. *Contra Viento y Marea, Arqueología de Patagonia, V Jornadas de Arqueología de la Patagonia:507-519*, Buenos Aires.
- VILLAGRÁN, C. 1991. Historia de los bosques templados del sur de Chile durante el Tardiglacial y Postglacial, *Revista Chilena de Historia Natural* 64:447-460, Santiago.
- _____ 1998. Etnobotánica indígena de los bosques de Chile: sistema de clasificación de un recurso de uso múltiple. *Revista Chilena de Historia Natural* 71: 245